

**Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
por videoconexión desde Milán, 16 de diciembre de 2020**

Texto de referencia: L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, Crear huellas en la historia del mundo, Encuentro, Madrid 2019; capítulo 2, punto 7 titulado: «La responsabilidad y la decisión» (pp. 102-106).

- *Sou feliz Senhor*
- *Nostalgija*

Gloria

¡Buenas noches a todos! Empezamos ya nuestro trabajo sobre la Escuela de comunidad, que esta noche, a pesar de ser breve en cuanto a número de páginas, tiene una enorme densidad, como muestran las contribuciones que han llegado.

Yo tengo una pregunta, más bien una serie de preguntas, a las que no soy capaz de responder y a las que creo que nadie sabe responder. He leído y releído el punto 7 y también he pedido a mi grupo de Escuela de comunidad que lo retomáramos dos veces, pero no logro pasar de la primera línea. Giussani afirma que Dios me ama; y lo dice como un dato de hecho. Añade que yo soy, es decir, tengo consistencia, solo porque Él me ama. Y subraya que lo que se me pide, lo más importante que debo hacer, es «reconocer y aceptar» que me ama. Luego Giussani dice que reconocer esto –¡pero reconocerlo de verdad, con hechos, no con palabras!– es lo que me hace ser protagonista de mi vida y lo que da gusto a mi vida. Pues bien, pensando en mi propia vida, en cómo vivo, en lo que siento, lo que deseo, en lo que significa sentirme amada, no soy capaz de entenderlo. ¿Cómo puedo decir que Dios me ama? ¿Cómo puedo estar segura de que me ama? ¿Qué es lo que debo «reconocer y aceptar»? He intentado llegar por eliminación. Sin duda, no puede ser un silogismo, un razonamiento del tipo: «Dios me ha creado, me crea ahora (por eso vivo), por tanto me ama». Esto no puede ser porque un razonamiento no me hace sentirme amada. En absoluto. Esto es solo un razonamiento que no cambia nada en mi vida. No puede ser un sentimiento que tengo cuando las cosas van bien, no puede ser como decir: «Dios me ama porque me da lo que le pido», porque muchas veces no es así, las cosas van mal o en todo caso no van como me gustaría. Tampoco puede ser como decir: «Tengo amigos que me hacen sentirme amada por Dios», porque muchas veces me siento sola a pesar de estar rodeada de amigos, incluso de buenos amigos. Giussani pone el ejemplo de los doce, de Pedro y de su relación de amistad con Jesús. Pero yo no tengo a Jesús como amigo y nadie, ninguno de mis amigos, puede ser un semi-Jesús para mí. Así que no sé cómo responder a las preguntas que te he planteado.

¿Tu madre te quiere? ¿Puedes responder que sí a esta pregunta?

Sí.

¿A pesar de los límites que tenga?

Sí.

¿Y cómo lo puedes reconocer? Porque te encuentras delante de una presencia que te ama. Entonces resulta fácil entender todo lo que dice Giussani sobre el amor de Dios. Lo único importante para ti, igual que para mí, es reconocerlo, aceptarlo. Que tu madre te ama no es fruto de un razonamiento ni de un sentimiento; y el hecho de que pueda ser limitada no te hace estar menos segura de su amor. La dificultad de la que hablas se da en cualquier relación, amiga. La cuestión fundamental, antes de pasar a hablar de otras cosas, es si, cuando esta noche te vayas a dormir, puedes decir que tu madre te quiere. ¿Cómo puedes afirmarlo con certeza? ¿Qué haces para poder decir con certeza que tu madre te quiere? ¿Cómo te moverías?

La abrazaría.

¿Y por qué la abrazas si aún no sabes si te quiere? ¿Cómo sabes que te quiere?

Lo sé porque me cuida, por cómo me mira, por lo que hace por mí...

Miras los signos que tu madre te da, ¿no?

Sí.

No es un razonamiento, no es un sentimiento, no es algo que se pone en duda al ver sus posibles limitaciones. De hecho, con todos sus límites, en ciertos gestos que realiza tú percibes toda la pasión que tiene tu madre por ti, hasta llegar a la certeza de que te quiere. Es el mismo camino que los discípulos hicieron con Jesús. Por tanto, la cuestión es si nosotros podemos hacer ahora el mismo camino que ellos para llegar al reconocimiento del amor de Jesús, de Dios. Si no fuera posible, entonces tendrías razón. El cristianismo es exactamente igual que el acontecimiento del amor de tu madre: se manifiesta mediante ciertos signos. El amor de tu madre no lo puedes fotografiar, pero puedes ver los signos a través de los cuales se te manifiesta, te muestra hasta qué punto tú eres un bien para ella, hasta qué punto eres amada de verdad. Y eso te facilita el reconocimiento: «Soy amada». Insisto, es el mismo recorrido que hicieron los discípulos. En un momento dado, tuvieron que responder a la pregunta de Su amor por ellos cuando Jesús los provocó: «¿También vosotros queréis marcharos? ¿No estáis seguros de mi amor?». «¿A quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna» (cfr. Jn 6,67-68). ¿En algún momento de la vida has tenido un sobresalto de este tipo, ante algún signo por el que hayas percibido este amor hacia ti? ¿Por qué eres cristiana? ¿Por qué estás aquí esta noche? Comprendo tu dificultad. Piensa en alguien como Azurmendi –al que vimos en la Jornada de apertura de curso–, que llevaba toda su vida oyendo hablar del cristianismo. No fue un razonamiento lo que le movió sino encontrarse con algo con lo que no pudo evitar medirse, algo irreductible a sus pensamientos: una presencia que le salió al encuentro a través de rostros concretos. Por eso, tú tienes que hacer el mismo camino que él para ver si encuentras signos de que Dios te ama. Y si no los encuentras, no podrás producirlos; si tu madre no te da signos de su amor, yo no podré convencerte de que te quiere dándote una lección sobre el amor o sobre lo que se siente cuando uno es amado. Si uno no se enamora, yo no puedo hacer que se enamore con un razonamiento –si bastara con eso, montarían una agencia para los que están buscando a alguien que les quiera, sería un gran negocio–. El cristianismo no lo podemos crear nosotros, no lo podemos producir. Por eso durante este año, estudiando el texto de *Crear huellas*, hemos visto que todo empieza con un acontecimiento. En este punto 7 Giussani lo da por hecho, porque es en virtud de un acontecimiento como podemos reconocer que «somos amados», como hemos visto, cuando hemos sido elegidos, preferidos, capaces de un conocimiento nuevo de la realidad, abrazados, perdonados. Todo lo que hemos visto es signo de este acontecimiento. Si uno no lo reconoce, si tú no lo reconoces a lo largo del camino de la vida, nadie lo podrá generar. Entonces, lo único que hay que hacer es mirar. ¡Tú mira! Para estar segura del amor de tu madre tienes que mirar los signos. De la misma manera, mira si en tu vida has percibido alguna vez que Dios te ama. Si no lo has percibido pero te llama la atención cuando ves a alguien que sí lo reconoce, empieza a preguntarle y presta atención a quien percibe los signos de Su amor. No digo que tengas que creer por algo que ven otros, sino que, si estás atenta, tal vez tú también empieces a ver signos; tal vez ya esta noche, si miras con atención. Buen trabajo, querida.

Respecto al punto 7, «La responsabilidad y la decisión», me llama la atención cuando dice: «Hemos sido amados, somos amados: por ello “somos”», porque no dice que nos «sentimos» amados, tampoco dice que somos amados y por eso «estamos bien», sino que pone el ser amado como una condición propia del ser, dice exactamente que «la proporción concreta, traducida en actos, de nuestra persona con el misterio del Ser, está enmarcada por esta “ley” primera y fundamental: reconocer y aceptar que somos amados» (p. 102). Trabajando sobre este punto en nuestro grupo de Escuela de comunidad, cada uno contaba episodios en los que se ha sentido amado, y me daba cuenta de que deseo entender mejor qué significa eso para mí porque intuyo que todo en la vida se juega en este reconocimiento. El riesgo que veo es el de reconducir (aunque sea inconscientemente) el hecho de ser amada a una percepción mía. Y eso es tremendo porque así todo, hasta la mirada que tengo sobre mí misma, se reduce a una medida mía, y por tanto para empezar no se sostiene, porque antes o después uno se topa con momentos de oscuridad, por las circunstancias o las relaciones que no

son como se esperaba; entonces el horizonte de la vida se restringe a lo que yo percibo y al final solo verifico mis intentos, como si fuera un niño caprichoso. En cambio, deseo ser grande, en el sentido de vivir cada vez más a la altura del deseo que llevo dentro, quiero vivir a lo grande y no quiero dejar nada fuera, ni siquiera un momento de dificultad como el que estoy viviendo. Por eso quería pedirte ayuda para entender mejor qué significa reconocerse amados.

¿Te has dado cuenta de cómo te has desplazado? Has empezado citando este «somos amados: por ello “somos”» (p. 102) de Giussani. Pero en un momento dado lo has reducido todo a tu medida, verificando solo tus intentos. Pero tus intentos no pueden llevarte a descubrir que eres amada. La cuestión es encontrar a una persona a tu lado que, a pesar de tus intentos y de tus medidas, te siga queriendo. ¿Te ha pasado alguna vez? Esto es lo que te desafía constantemente. A pesar de que tú no lo consigas, hay alguien que te quiere. Si no secundas este hecho, seguirán usando tu medida, verificando tus intentos, que no se sostienen en la vida. Es la demostración de que te has desviado de lo que propone la Escuela de comunidad. Pero no debes asustarte, porque este riesgo forma parte del camino hacia la certeza, como ves. Muchas veces, en vez de estar constantemente abiertos al amor que otro nos tiene, en una relación afectiva surge la tentación de juzgar el amor que otro nos tiene según la medida de lo que somos capaces de hacer. Pero siguiendo tu propia medida no llegas. Darse cuenta es justamente el trabajo al que nos invita la Escuela de comunidad.

Ante la situación cada vez más complicada y problemática de ciertas relaciones significativas, solo hay dos posibilidades: seguir analizando el problema desde todos los puntos de vista para ver quién tiene “la culpa” de lo que está pasando, sin encontrar ninguna vía de salida (como el gato que cada vez se enreda más en su ovillo de lana); o bien mirar la Escuela de comunidad, el único lugar donde he podido encontrar respiro, una liberación en la exaltación de mi persona: «Hemos sido amados, somos amados: por ello “somos”». Esta afirmación es realmente “original”, en el sentido de que remite al origen, ¡pero cuántas veces no me doy cuenta! Si ya soy amada, ¿por qué no lo veo? ¿Por qué estoy tan distraída? ¿Por qué intento vivir de algo que no me “satisface” y que deja mi corazón vacío? O, peor aún, me da una inquietud que me hace creer que estoy viva porque, como Marta en el Evangelio, me ocupo de muchas cosas pero sin disfrutar de ninguna. Solo cuando tomo conciencia de que mi corazón respira cuando Te reconoce, Señor, entonces toda mi vida, todas las fibras de mi cuerpo, de mi ser, tienden hacia Ti, con la exigencia de no perderse en otras cosas. En la situación actual, tu promesa se acerca a mí en este Adviento, como la estrella de los Magos. Dice la Escuela de comunidad: «Él [...] ha decidido venir a vivir entre nosotros, habitar conmigo y hablarme familiarmente con Sus palabras [...] sacadas de lo eterno, del fondo del Ser del que me ha hecho partícipe» (p. 103). ¿Qué puedo hacer sino dejarme provocar y persuadir por un augurio de Navidad tan hermoso? ¿Cómo no suplicar al Señor para que estas palabras (Sus palabras) se hagan carne en mí? ¿Tengo algo más importante que esperar, vivir y comunicar que: «La palabra vuelve a hacerse carne», para que yo no me pierda, para que no pierda mi camino? Él vuelve a hacerse presente para que yo lo reconozca. Se me vuelve a dar en una historia, para alcanzarme de manera concreta aquí y ahora. Por eso doy gracias al Señor por su paciencia, y al movimiento, que nunca se cansa de repetírmelo, tres semanas seguidas con este texto, para que en un momento dado pueda llegar a contemplar este don único. Y el resto se verá.

Este es un ejemplo de cómo hacer la Escuela de comunidad porque, como veíamos antes, podemos leer una cosa pero luego verificar otra, y entonces nos desviamos porque lo que verificamos no es la fe, no es el cristianismo, no es Cristo, sino nuestros intentos, que ya han fracasado en el punto de partida y no resisten ante cierta situación o ante relaciones significativas: el marido, los hijos, los amigos, etcétera. Pero siempre tenemos otra posibilidad para no seguir flagelándonos porque no nos sostenemos con nuestros intentos ni con la búsqueda de culpables. Esta es la promesa de la Escuela de comunidad: en vez de mirar nuestro ombligo y lo que somos capaces de hacer según nuestra propia medida, se nos da la posibilidad de mirar a otra parte. Esto es fundamental porque si no hay una presencia, si no hay un lugar que nos descoloque constantemente, estamos acabados. Si los que han intervenido esta noche no hubieran tenido la posibilidad de estar aquí, en un lugar que nos saca de

nuestra manera habitual de actuar, seguirían pensando que estaban haciendo la Escuela de comunidad cuando solo se estaban esforzando en sus propios intentos, sin secundar lo que la Escuela de comunidad afirma. En cuanto uno empieza a percibirlo, el test de la Escuela de comunidad –cada uno puede hacerlo en casa o en el trabajo, con los hijos o con el marido, con cualquiera– es que empieza a respirar allí donde vive, experimenta una liberación, una exaltación de su propia persona. Eso significa que estamos ante dos hipótesis sobre cómo hacer el trabajo de la Escuela de comunidad. Si estáis aquí, todos habéis hecho seriamente al menos una vez la Escuela de comunidad, de otro modo no habríais podido escribir vuestras contribuciones ni decir las cosas que habéis contado. La cuestión es que uno puede leer el texto y no dejarse desplazar de su propia posición. Pero en cuando uno se deja desplazar, empieza a ver cumplirse la promesa, por eso es útil hacer la Escuela de comunidad juntos, porque podemos ayudarnos constantemente a salir de nuestra medida. Con el texto podemos hacer lo que queramos. Por eso hace falta, en el presente, una presencia irreductible, que nos impida fagocitar el texto y perdernos lo mejor. Es como si tuvieras al lado a tu madre que, ante tu estado de ánimo y tu medida, te siguiera queriendo y te desafiara con su presencia, como Jesús desafiaba a los discípulos. El cristianismo es esta presencia en la historia, es un lugar como este, donde se nos pone constantemente delante de algo irreductible, que no nos permite dejar que prevalezca la mentalidad de todos (porque al final todos se miden en función de lo que son capaces de hacer). Pero si pudiéramos sostenernos en la vida con lo que hacemos, no necesitaríamos a Cristo. Cristo nos ha prometido que, si lo seguimos, empezaremos a ver que algo nuevo sucede en nuestra vida. ¿Cuál es el signo de que estamos en el camino que él nos indica? La correspondencia con nuestra espera estructural. ¿Por qué haces el trabajo de la Escuela de comunidad? Para poder respirar, para sentirte verdaderamente amada. Por tanto, solo si hacemos este camino –don Giussani siempre ha sido único ayudándonos en el camino–, podremos experimentar en el presente lo que los discípulos podían experimentar en su relación con Jesús; no es que no cometieran nuestros mismos errores, no es que no se desviarán como nosotros en sus intentos –por ejemplo, querían prender fuego a los samaritanos que no se convertían, querían saber cuál de ellos era el mejor, discutían de todo– pero siempre había una Presencia que introducía una mirada distinta sobre todas las cosas. Entonces uno ve que esto corresponde a lo que desea: ser amado. Y empieza a “ser” de otra manera.

Leo en la Escuela de comunidad que «si “soy” porque “soy amado”, el gran problema [...] es mi respuesta: mi respuesta al Tú que me ama, mi corresponderle, mi valoración de lo que Él ha creado originalmente en mí precisamente para que pudiera caer en la cuenta de Él» (p. 103). No quisiera liquidar este paso con una intuición que no creo tener bien definida. Si no lo comprendo bien, corro el riesgo de oscilar entre una exaltación vacilante de mi humanidad y un esfuerzo voluntarista. ¿Podrías ayudarme a profundizar en esta «valoración»? Muchas gracias.

¿Veis? Lo que decía la primera intervención es cierto, partimos de un hecho: si soy, es porque soy amado; soy amado y por tanto soy. Es así, te des cuenta o no. Mi madre me quiere aunque no me dé cuenta, como le pasa a muchos hijos, que a veces necesitan tiempo para reconocerlo. Somos amados. El Misterio no nos ha pedido permiso para amarnos, ha enviado a su Hijo y sigue tomando la iniciativa que, como veis, nos alcanza a través de muchos signos –cada vez que nos encontramos surge un aluvión de signos de la iniciativa que el Misterio sigue tomando con nosotros–. Este es un dato de hecho, como decía la primera intervención. Es un dato de hecho. Por tanto, este no es el problema. La cuestión, «el gran problema», es mi respuesta, es decir, que yo me dé cuenta y responda. El cristianismo valora todo lo que yo necesito para «caer en la cuenta de él»: toda la potencia de mi yo, todas mis dotes son exaltadas; de hecho, si no me pongo en juego con toda mi humanidad, aunque el amor de Dios por mí siga aconteciendo, yo no me doy cuenta. Por eso es fundamental lo que señalas, es «el» gran problema. El amor de Dios es un dato de hecho, «el» gran problema es mi respuesta, es decir, que yo me dé cuenta y lo reconozca. ¿Y cómo lo reconozco? ¿Con qué puedo verificar si me corresponde? ¿Cuándo tengo la experiencia de ser liberado y respirar, qué se exalta, qué se valora? Mi corazón. Mi corazón se exalta cuando respiro. Cuando lo reconozco, ¿qué se exalta? Mi razón, que me permite reconocerlo. Cuando me adhiero al acontecimiento porque no me lo quiero perder,

¿qué está valorando el hecho cristiano? Mi libertad. Y cuando Cristo me “pega” consigo, ¿qué está valorando? Mi afecto. Todo mi yo adquiere valor en el hecho cristiano. Por eso no basta que se dé el hecho. El hecho debe mover realmente todo mi yo desde lo más íntimo, debe poner en marcha y despertar todos los aspectos de mi ser, porque solo así puedo entender de verdad qué significa ser amado. De otro modo, amigos, lo que dice la Escuela de comunidad son frases que no nos tocan, y en consecuencia seguimos viviendo según otros parámetros sin ni siquiera darnos cuenta. Por eso, veamos ahora en acto todo el resto del capítulo: la valoración de cada aspecto de nuestro yo.

Trabajando el punto 7 me he dado cuenta de que no era capaz de seguir los pasos que da Giussani. Me daba cuenta de que me quedaba atrás. No logro entender por qué Giussani liga la responsabilidad al hecho de ser amados. Para mí, la responsabilidad es un acto de voluntad. Por ejemplo, me caso y formo una familia, eso significa asumir responsabilidades. Hago algo en el trabajo y soy responsable. El hecho de ser amados es muy hermoso pero no es tan incisivo en mi vida. Es decir, me siento amado, pero eso no cambia mi vida. No soy capaz de ver la grandeza que tiene esto. Pero ahora ya no puedo seguir como si nada. Me gustaría tener una conciencia profunda de este amor del que soy objeto y te explico por qué. En este tiempo hemos tenido la gracia de ser testigos de un gran acontecimiento con una mujer de cuarenta años que, tras conocer a un sacerdote amigo nuestro (que murió hace poco más de un mes), fue bautizada. Tenemos delante a Cristo que ha tomado a una persona y se nos hace cercano y evidente. Pero incluso delante de este hecho siempre soy yo quien decide y asume la responsabilidad de seguirlo. Agradezco al Señor este regalo, de verdad, pero no me lleva a pensar que sea un gesto de amor hacia mí. Para mí, el problema es que ser amado y saberlo no cambian mi vida. ¡Qué maravilla debe experimentar alguien que es porque se siente amado!

Así es, y vamos a verlo. Pero antes hay otros que tienen abierta esta misma cuestión: que la vida no cambia.

«La naturaleza de la decisión no es un acto enérgico de voluntad» (p. 105). «No puede tomarse la decisión de forma voluntarista» (p. 104). Ante estas frases puedo decir que estoy de acuerdo, puedo decir que me liberan porque alivian el peso de mi esfuerzo, puedo decir que es mejor ceder a una simpatía que perseguir el éxito personal. Resumiendo, me llevan a confirmar lo que leo, todo eso me parece justo y necesario. Pero hay síntomas que se manifiestan obstinadamente y me generan un permanente estado de insatisfacción: nunca cambio, siempre caigo en los mismos errores, todavía estoy así a mi edad. Mi voluntad está en el centro de mi atención, a pesar de que creo saber que la decisión no es un acto voluntarista. Esta confirmación me bloquea, me ata a lo “ya sabido”, me doy cuenta de que hay que dar un paso, de lo contrario solo queda la medida de mi límite. ¿Pero qué paso? ¿Cómo? Gracias.

¿Alguien ha descubierto el vínculo que existe entre el ser amados y el cambio, sorprendiéndose por ello?

Yo, con un hecho muy sencillo. Trabajando sobre este texto también me he atascado un poco en el punto de la decisión de la libertad. Giussani dice que «la responsabilidad se expresa como decisión de la libertad frente a una Presencia en la que reconocemos que corresponde totalmente a nuestro destino. Pero muchas veces nuestro modo de concebir la decisión de nuestra libertad es erróneo, como si consistiera en un acto que en última instancia determino yo: yo decido» (p. 104); por tanto, como decía también la última intervención, un acto voluntarista. Me parece que hay un equívoco sutil en el hecho de que yo decido. Creo que lo que quiere mostrar aquí es de dónde nace la decisión: de la ternura, de esa ternura y simpatía humana que Pedro tenía por Cristo; de modo que sí, es una decisión mía (siempre puedo decir que no), pero tiene su origen en un afecto; no es que todas las mañanas mi decisión deba surgir de la nada, pues nace de una historia. Lo he entendido partiendo de un hecho. Hace unos días, tuve una entrevista con el profesor de una de mis hijas, y en la conversación salió su cuidado hacia los chicos, su preocupación por que sientan que “alguien les

espera". En efecto, mi hija me habla de él como un profesor que realmente se interesa por ellos, y de hecho estudia sus asignaturas con pasión y ni se le ocurre dejar los deberes sin hacer, ¡sus deberes! Ella percibe que hay uno que la espera, y cuando alguien te espera te levantas por la mañana y eres puntual en clase; si en la rutina de las horas de clase surge un imprevisto así, te mueves. Por tanto, nuestra disponibilidad no es un esfuerzo nuestro, sino que nace de un atractivo, de un affectus, igual que Pedro. Me gustaría que pudieras profundizar en este punto.

No, no hay que profundizar porque la cosa es muy sencilla. El problema es que nos atascamos porque pensamos que nosotros somos los que generamos el cambio. Pero el cambio es como la sorpresa por algo que sucede siguiendo un atractivo. Si tú quisieras forzar de manera voluntarista a tu hija porque ese atractivo te pareciera demasiado poco para moverla, te chocarías contra un muro. En cambio ella, teniendo delante un atractivo, no pierde la ocasión de ponerse en marcha: «ni se le ocurre dejar los deberes sin hacer». ¿De dónde viene ese cambio? De ser amada, de percibir un juicio de estima hacia ella. Esto no hace mecánica la respuesta, pero exalta y valora toda su libertad, todo su afecto, y la lleva a estudiar y a hacer los deberes. Esto es lo que cambia la vida. Don Giussani pone el ejemplo de un chico con muchas limitaciones que, cuando se enamora –aunque la chica le diga que no–, enseguida lo nota su madre, que lo conoce muy bien. Con el tiempo no puede dejar de reconocer que su hijo ha cambiado debido al amor que siente por la chica, eso es lo único que puede mover el centro de nuestro yo. Por eso es crucial lo que afirma don Giussani: «La responsabilidad [...] asegura el resultado [la persona debe implicarse, porque no puede ser mecánico] de alcanzar una experiencia de correspondencia» (p. 103) cuando tiene delante un atractivo. Si uno se limita a mirar los toros desde la barrera, no podrá experimentar el gusto de la vida. De hecho, en esta respuesta –como la de tu hija, movida por el atractivo que secunda en clase– es donde reside «la principal [¡atención!] fuente del gusto por la vida [no nos damos cuenta de lo que nos perdemos]. Si no eres responsable en lo que te complace o te atrae, si no participas en ello de alguna manera con responsabilidad, eso no es tuyo. Por esto, el paraíso implica tu decisión, implica tu responsabilidad: porque el paraíso es para el hombre y el hombre es libre» (p. 103). De nuevo, esta es la valoración de lo humano. Si no se valora cada aspecto del yo, nada puede llegar a ser nuestro.

Yo también me sumo a la cuestión de la libertad y la decisión. Me llamaban la atención varios párrafos del punto que estamos meditando. Cuando dice: «Muchas veces nuestro modo de concebir la decisión de nuestra libertad es erróneo, [...] yo decido decir que “se haga tu voluntad”. No, la cosa es muy distinta. No puede tomarse la decisión [...] como si dependiera de la fuerza de voluntad» (p. 104). «Pedro lo percibía como una amistad que no dependía de él, sino que se había hecho que naciera en él» (p. 105). «La decisión nace, pues, cuando se instaura una simpatía» (p. 106). Retomar estas líneas me ha puesto un poco en crisis, en el sentido de que cuando creía haber entendido cómo “funciona” la relación entre mi yo, con su necesidad inextirpable de ser feliz, y el Misterio, que es el único que puede responder, llega esta definición de libertad que, contrariamente a lo que se nos ofrece continuamente y que por tanto ha entrado imperceptiblemente también en mí, no cuadra con expresiones del tipo “yo elijo”, “yo me comprometo”, etcétera. Me pone un poco en crisis porque parece que la libertad así descrita es sobre todo fruto de la gracia, y por tanto ella misma es también un don gratuito, por lo que podría decirse que tiene poco que ver con mi decisión de adherirme al Misterio presente en la realidad. El problema no es que me falten signos de que Él está presente. Por mi experiencia diaria y por los testimonios que se proponen en nuestra compañía, si me paro a mirar, es verdad que es fácil reconocerlo. Pero adherirse, seguir, siguen dependiendo de mi sí, entendido entonces como un «tengo que esforzarme más», «todavía caigo demasiadas veces, soy débil», «a ver cómo mejoro mi adhesión», etcétera. Pero si miro mi historia, en ciertos momentos decisivos de mi vida en los que ha sido más evidente y cristalino que lo que me sucedía era para mí, para ser feliz, para pegarme más a Él, cuando se me pedía seguir en esas circunstancias, yo –mis amigos lo saben– en vez de decir «sí», solía responder: «¿por qué no?». Como si estuviera diciendo: si dijera que no, sería un menos para mi humanidad, renunciaría a una ocasión para ser más yo mismo, más feliz. Debo decir que esta postura ha superado las mil objeciones y miedos que siempre acompañaban

inevitablemente estos momentos. No me quitaban la fatiga pero nunca he tenido que arrepentirme de responder así. Te pido ayuda en esto con dos preguntas (que en parte ya se han abordado). ¿En qué sentido la gracia de una «simpatía» que se instaura no es alternativa a mi libertad sino su máxima expresión? ¿Cómo no dejarme “engañar” por una respuesta a este Tú que me ama ligada a mi fuerza de voluntad y por tanto siempre insuficiente porque –como hemos visto– es débil?

¿Tú has recibido la gracia de ser amado?

¡Oh, muchísimo!

¡«Oh»! ¿Y eso ha sido alternativo a tu libertad o ha sido precisamente lo que ha suscitado tu libertad? Nosotros pensamos: o es gracia o es libertad. En cambio, la cuestión es que, cuando conociste a la que sería tu esposa, ninguna otra cosa provocaba tu libertad tanto como su presencia, su belleza, su atractivo. ¿Se entiende? La presencia de este don, de esta gracia tan abrumadora, es lo que más ha movido tu libertad. Eso es solo un pálido reflejo de lo que sucedió con la irrupción en la historia del acontecimiento cristiano. Cuando los discípulos conocieron a Cristo, cuando nosotros nos hemos topado con el evento cristiano, la Gracia hecha carne fue lo que suscitó toda su libertad y la nuestra. Si todos estamos aquí esta noche, es solo por esta Gracia que ha asumido una cara, un nombre, que se ha hecho carne y sigue habitando en medio de nosotros para suscitar nuestra adhesión. A través de esta dinámica, el Misterio colabora en nuestra salvación porque sin esta simpatía que se instaura no se mueve la libertad, y entonces no hay decisión.

El viernes, en la Escuela de bachilleres, tuvimos los testimonios de Giorgio Vittadini y de Mireille, de Camerún (con motivo de la campaña de Navidad de AVSI). Mientras hablaba uno de ellos, la madre de un alumno mío me manda un mensaje preguntándome: «¿Quién es este hombre que está hablando?». Me quedé un poco confusa. Esta mujer no es del movimiento, su hijo no va a bachilleres y solo la conozco porque su hija pequeña va a clase con una de mis hijas. Entonces revisé los participantes en la reunión y vi que, en efecto, mi alumno estaba conectado, aunque no sé quién lo invitó. Entonces le respondí: «Giorgio Vittadini». Respuesta: «Es muy interesante lo que dice». Luego empieza a hablar Mireille, y en un momento dado me vuelve a escribir: «Pero esta mujer es estupenda, y es increíble lo bien que expresa lo que quiere contar a pesar de no ser italiana. ¡Se nota que lo que dice es verdadero!». Luego me surgió un problema en casa y tuve que desconectarme, por lo que dejé de seguir el encuentro. Por la noche le escribí para preguntarle si había seguido conectada y me responde: «Ha sido un testimonio intenso y conmovedor. Me he quedado escuchando hasta el final. Gracias». Me dejó muy asombrada porque me parecía la misma dinámica inicial de Azurmendi, de Pedro y también la mía.

¿Veis? ¿Qué hizo que esa mujer se quedara pegada a dos amigos desconocidos para ella? No ha tenido que hacer un curso de introducción al conocimiento de la gente, sencillamente se ha encontrado delante de dos desconocidos y no ha podido evitar sentirse arrastrada por ellos, quedándose pegada al video hasta el final. Los últimos que llegan nos documentan la sencillez del hecho cristiano, que acontece así. La gracia de esta simpatía que se instaura por una persona lleva luego a adherirse, a no dejar la conexión hasta el final. Para esa madre no se trataba de un apego sentimental ni de un fenómeno emocional; era un fenómeno racional, una manifestación de la razón que se pega a la persona que tiene delante. Pero a veces nos cuesta entenderlo, ¿verdad?

¿Qué significa que «cuando se produce una relación que llega a convertirse en simpatía profunda, [...] la racionalidad es un acontecimiento» (p. 106)? Te lo pregunto porque últimamente mi pequeña ciudad, mi trabajo en mi pequeña escuela, mi pequeña compañía de amigos, a menudo se me quedan estrechos. Si miro cómo me muevo, no puedo negar que hay un punto de afecto a partir de un encuentro que he tenido. La verdad que busco en las conversaciones con mis compañeros, el tiempo que dedico a preparar la vigilia de Navidad con mi Escuela de comunidad, mi deseo de seguir las preguntas que surgen entre mis alumnos y en los bachilleres, todo me habla de una simpatía hacia un punto que en último término me determina. Pero luego entra la razón, dando paso a una objeción: «Esto no puede ser todo, siempre has querido vivir en una gran ciudad, con una gran compañía, y

mira todos los defectos que tiene esta gente; tienes 26 años y todavía no tienes un trabajo estable ni una familia, como siempre has deseado». Entonces se abre paso la preocupación por el futuro: «¿Qué puedo hacer para que mi vida alcance la estabilidad el año que viene?». Mi razón parece bloquear la posibilidad de vivir plenamente el afecto a Cristo. Leyendo el libro de Azurmendi, veo que para él no es así. Cuanto más aplica la razón para describir, explicar, entender lo que ve en las personas y en los lugares que conoce, más parece crecer su afecto. En él razón y afecto van de la mano. ¡Qué envidia! Comprendo que la racionalidad no puede corresponder a mis ideas, ¿pero cómo puedo hacer que el afecto, la simpatía que de hecho veo en mí, vaya unida a mi razón? ¿Qué significa que «la racionalidad es un acontecimiento»? Me parece que la racionalidad es algo que procede de mi cabeza. Gracias, porque me permites no dejar pasar nada de mí misma y porque todo puede convertirse en pregunta en este lugar.

Has captado una cuestión crucial, querida, y lo has expresado con esta frase: «Mi razón parece bloquear la posibilidad de vivir plenamente el afecto a Cristo», pero luego has añadido: «Leyendo el libro de Azurmendi, veo que para él no es así». De hecho, a Azurmendi, usando la razón de una cierta manera, esta no solo no le bloquea sino que le pega cada vez más a lo que ve. ¿Cuál es la relación entre afecto y razón? Para que la razón no se convirtiera en medida, ha tenido que secundar el afecto que sentía en vez de separarse de él, como te pasa a ti. Si la hija de nuestra amiga que ha intervenido antes se separara del afecto de su profesor, no usaría bien la razón. El afecto es lo que te impide reducir la razón a medida. Por eso se instaura una amistad, una simpatía, que es lo que nos hace usar bien la razón, según su propia naturaleza, como apertura total a la realidad. ¿Sabes dónde se alcanza la cima de la racionalidad, según Giussani? En Juan y Andrés. Juan y Andrés se quedaron pegados a Jesús toda la tarde y eso les permitió salir de su casa diciendo: «Hemos encontrado al Mesías». Al verlo hablar, su afecto, su adhesión, permitió a su razón ensancharse –según su propia naturaleza de apertura– a la totalidad de la realidad de esa persona de la que ya no se separaron. Por eso no es razón si va separada del afecto. En el fondo, somos racionalistas, siempre nos falta la pieza del afecto, que para la mentalidad racionalista es un obstáculo. En cambio, cuando vemos que una persona inteligente como Azurmendi, que tiene todas las características propias de un hombre absolutamente racional, deja que toda su razón se dilate, se ensanche por la admiración de un hecho, hasta el punto de secundarlo, eso es la racionalidad. Debemos ser conscientes de que esta es la gran regla, la gran sugerencia de método que nos ofrece el carisma para hacer nuestro camino. Porque uno puede, un instante después de haber leído el libro de Azurmendi, mirar hacia otro lado y seguir verificando solo sus propios intentos según su propia medida; uno no puede pegarse afectivamente a algo y luego razonar separándose de lo que ha provocado en él ese afecto. ¿Veis? Estamos divididos. Por eso, si no hay algo que facilita la unidad del yo (que es la única manera de conocer adecuadamente), si no hay un acontecimiento presente (como hemos estudiado en la Escuela de comunidad) que constantemente favorece un conocimiento nuevo, al final reducimos el cristianismo a sentimentalismo y la razón a racionalismo. En cambio, la genialidad de Giussani consiste en seguir la experiencia. De hecho, como testimoniáis, secundando con sencillez el carisma, luego sucede todo. Hasta en una situación en la que resultaría aparentemente imposible.

Quería contarte dos episodios que han sucedido con mi madre y que me han recordado mucho al punto que estamos trabajando en la Escuela de comunidad. Mi madre pertenece a la Fraternidad, pero no puede ir a los Ejercicios ni retiros desde hace veinte años por su salud. Hace unas semanas, nuestros amigos españoles hicieron, durante el EncuentroMadrid, una velada de cantos. Puesto que, debido a la emergencia sanitaria, la velada sería online, la vi con mi madre. Me llamó la atención que le gustara nuestro Fado, pero cuando se conmovió de verdad fue en el último canto de la velada, La strada, que nuestros amigos nos propusieron cantar todos juntos con Benedetto Chieffo. ¡Hasta mi madre intentó cantar mientras se conmovía hasta las lágrimas! Yo pensaba: «Esto es un juicio». En aquel momento era muy evidente que el juicio no es la “formulación intelectual” de una opinión sobre la realidad, sino un gesto del corazón que se descubre correspondido en este camino de gracia, ¡tal como me testimoniaba mi madre! No hay excusas. Aun llevando veinte años en cama, su corazón

no se cansa, no decae. Resonaba en mí tu insistencia en la Jornada de apertura de curso sobre mirar, porque dejarse generar requiere este punto previo, que se convierte en afecto. Hace unos días, tuvimos el retiro de Adviento de la Fraternidad (también por videconexión), en el que participé con mi madre. Lo siguió todo, lección y asamblea. Me llama la atención lo que la Escuela de comunidad dice sobre Pedro: «No se trataba de un apego sentimental, de un fenómeno emocional; era un fenómeno de la razón, una manifestación de esa razón que te “pega” a la persona que tienes delante, puesto que la juzgas digna de estima» (pp. 104-105); y más adelante: «El “sí” de Simón no fue resultado de su fuerza de voluntad, no fue resultado de una “decisión” del hombre Simón; fue un emerger, un aflorar, un salir a la luz de todo un filón de ternura y de adhesión que se explicaba por la estima que tenía de Él (por tanto, era un acto de la razón), y por ello no podía decir otra cosa que “sí”» (p. 105). ¡Esto fue lo que le sucedió a mi madre, en su cama y sin decir una palabra! Entonces pensé: «Cuántas “manos de pegamento” debe haber vivido mi madre y sigue viviendo (después de veinte años sin participar en los momentos comunitarios) en su amistad con tantos amigos y familiares, en su relación totalmente personal con Jesús, para que salga a la luz, en este momento tan inesperado, esta simpatía profunda, un juicio afectivo que también me juzga a mí. ¿Qué puedo objetar? ¿Qué se puede pensar que falte aún? ¿Qué nos puede retener? No lo digo con escándalo sino más bien provocada por estas cosas, que percibo dirigidas a mí, del mismo modo que me provoca tu compañía, Julián, que miras todo lo que nos sucede –incluso en este misterioso y doloroso tiempo de pandemia– como una posibilidad buena, que se ofrece siempre de nuevo a nuestra libertad, una posibilidad nueva para volverme a poner en juego, para desafiar a la nada que se esconde en todas mis imágenes, proyectos y opiniones, y en el peso de las circunstancias, para decir «Yo» delante de un Tú cada vez más familiar, concreto, real y padre. Gracias.

Gracias a ti, querida. Ninguna condición, ni siquiera estar paralizada en una cama durante veinte años, puede impedir el sobresalto de tu madre que provoca su «sí», porque no se trata de un esfuerzo titánico sino, como Pedro, de «un salir a la luz de todo un filón de ternura y de adhesión que se explicaba por la estima que tenía de Él» (p. 105). Como decías, el asombro inicial de Pedro no era una cuestión sentimental, sino un juicio que se convertía en apego, un juicio que era como un pegamento, un juicio que pegaba a Pedro y a los discípulos. Todos los días se añadían «manos de pegamento», hasta el punto de que ya no podían librarse de aquel vínculo. Esto es lo que hace posible secundar el acontecimiento presente incluso después de pasar veinte años en una cama, lo que permite ver la vida cambiar, hasta las lágrimas, como le ha pasado a tu madre. Esta es la promesa que Cristo nos hace, sea cual sea la situación que estemos viviendo.

Escuela de comunidad. La próxima Escuela de comunidad será el miércoles 20 de enero de 2021, a las 21:00 horas.

Este mes trabajaremos sobre el punto 8 del segundo capítulo de *Crear huellas en la historia del mundo*, titulado «La forma concreta de la elección es el templo en el tiempo».

Libro del mes. El libro del mes de enero será mi texto sobre la educación, publicado por Ediciones San Paolo y titulado *Educación. Comunicación de uno mismo*. El libro también está disponible en e-book.

Lo proponemos para todos porque sabemos bien, como también hemos visto hoy en varias intervenciones, que la educación no es un tema para expertos. De hecho, todos somos educadores en cierto modo porque a cada paso que damos expresamos quiénes somos, en qué nos apoyamos. Es decir, como decía don Giussani, «la educación es una comunicación de uno mismo» y en última instancia esta es la manera en que incidimos en el mundo en que vivimos, ofreciendo así una contribución al “Pacto educativo” convocado por el papa Francisco, para «formar personas maduras» capaces de «reconstruir el tejido de las relaciones por una humanidad más fraterna» (*Mensaje para el lanzamiento del pacto educativo*, 12 de septiembre de 2019).

La educación es una dimensión permanente de la persona y con esta lectura, que es muy ágil, queremos ayudarnos sobre todo a darnos cuenta de ello.

Campaña de suscripción a *Tracce*: *Quien tiene un amigo regala un tesoro*. Son muchísimas las personas que estas semanas se han sumado a la campaña de suscripción a *Tracce*, que ofrecía la posibilidad de regalar un abono a un amigo a un precio muy ventajoso. La promoción, que terminó ayer, se reactivará de manera excepcional hasta el sábado 19 de diciembre. Quien no lo haya hecho todavía puede aprovechar esta oportunidad durante unos días.

Ya estamos cerca de la Navidad, de modo que pidamos a la Virgen que estos días nos encuentren dispuestos, atentos, con esa sencillez de ánimo, llena de deseo, que brota de la certeza de ser elegidos. Como hemos visto también esta noche, cuando nos encontramos delante de una auténtica presencia es cuando nos vemos movidos. Por eso, vivamos este tiempo como la ocasión que nos ofrece el Misterio para darnos cuenta de Su presencia entre nosotros –porque si no hubiera una realidad humana concreta viviríamos en el olvido más absoluto–, para no caer en un esfuerzo voluntarista y para poder ser sostenidos por esta simpatía que lo mueve todo. Es un hecho, pequeño como un niño –un «soplo», decía Giussani–, que nos sorprende y nos vence porque es capaz de interceptar y corresponder a toda nuestra humanidad. Porque la Navidad, en el fondo, lo simplifica todo, un acontecimiento lo simplifica todo, como hemos visto hoy en ciertos testimonios. Es un cambio de método: ya no se trata del esfuerzo de alcanzar algo sino de la sencillez de un encuentro que nos mueve y al que nos adherimos para no perderlo.

¡Feliz Navidad a todos!

Veni Sancte Spiritus